

Claude Morin, *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII. Crecimiento y desigualdad de una economía colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, 328 p. (Tierra Firme).

En 1955 Eric Wolf elaboró un análisis de integración cultural sobre "El Bajío en el siglo XVIII" en el que se sugieren infinidad de temas, se exponen hipótesis que se antojan dignas de comprobación y se plantean innumerables problemas que necesitan ser resueltos no sólo para el Bajío sino para cualquier región donde imperen los sistemas de explotación clasista, interétnico e interregional, es decir, donde se refleje la dependencia colonial. Sin afirmar que el libro de Morin haya surgido de los planteamientos apuntados por Wolf hace treinta años, se puede decir que responde a algunas de sus interrogantes y, sobre todo, que las llena de contenido histórico.

El libro de Morin se inserta dentro de la corriente que se propone aclarar las diferencias existentes en un país colonial y dependiente dentro del ámbito regional, por lo que responde a dos motivaciones principalmente: una política y una histórica. La intención política sitúa la investigación dentro de las diversas controversias que tratan, a la vez, de dar fundamento histórico y de plantear la problemática en función de las estrategias contra el imperialismo que propiciaba el atraso en América Latina, sostenido por "la supervivencia en el campo de un gran sector feudal, el cual frenaba el desarrollo del capitalismo en cada una de las economías nacionales" (p. 8).

Históricamente —y el "horizonte teórico" de su trabajo es el materialismo histórico— tratará de resolver algunas de las confusiones surgidas a partir de esta controversia: ¿Las sociedades latinoamericanas son feudales o capitalistas? y, a partir de ahí ¿podría hablarse de feudalismo en economías y sociedades organizadas en función de la exportación? Por el contrario, ¿podían calificarse de capitalistas unas formas económico-sociales cuya base se encontraba en buena parte en el trabajo servil? Esta controversia no era simplemente por "un desacuerdo sobre las etiquetas con que se orientaría la lucha política";

para Morin lo que estaba en juego era "el conocimiento científico del pasado de América Latina y de la manera en la que ha participado en la historia universal por medio de la colonización y del mercado mundial" (p. 9). Por eso, para el autor cobra gran importancia la investigación empírica al tratar de construir "la combinación compleja de los modos de producción" que va encontrando, a partir de un análisis de los procesos de trabajo que tienen lugar en un contexto social determinado.

Dentro de la perspectiva nacional, Morin elabora un estudio regional a partir de las reflexiones que impone el presente acerca del crecimiento y el subdesarrollo; su enfoque arranca acertadamente de las diferencias geográficas e históricas internas para colocar el "problema del desarrollo en el centro de la investigación". Una hipótesis controvertida e interesante sustenta fundamentalmente su análisis: "el subdesarrollo, lejos de constituir un estado de atraso propio de cierto tipo de sociedades y de situarse en un período anterior al desarrollo", parece ser una "creación histórica correlativa al proceso de desarrollo, de manera que uno y otro constituyen los dos polos del sistema capitalista" (p. 7-8).

La problemática por la cual surge la investigación se refleja claramente en la estructura del libro: en la primera parte el autor trata de reconstruir el proceso de evolución general de la región que estudia a través de sus movimientos globales; a partir de estas bases, en la segunda parte tratará de definir la naturaleza de las formaciones económico-sociales que dominan en dicha región. En la relación intrínseca entre ambas partes radica la explicación que va del "enfoque coyuntural del conjunto" —primera parte— hacia la confirmación de cada fenómeno por la observación que de él se hace como hecho concreto, en su valor representativo —segunda parte—.

El análisis se apoya en lo que el autor llama su "fe en la demografía histórica", considerando a ésta como la disciplina capaz de dar luz sobre "las multitudes del pasado, una luz distinta de la que sobre ellas proyectan los dominadores". El terreno concierne al antiguo Michoacán del siglo XVIII, región centro-occidental de la Nueva España, "tierra de la plata y cuna de la independencia del país, por lo menos en su primera versión" (p. 7).

De esta manera, en la primera parte se analizan los elementos que van a constituir la fisonomía de la región que se estudia. Cobran singular importancia la definición de la región misma geográfica e históricamente considerada, en la que se impone la diócesis de Michoa-

cán como la principal división geográfico-administrativa para elaborar los análisis demográficos y agrícolas. La población es analizada a través de su evolución demográfica en el tiempo y en el espacio con todas las variantes disponibles y donde destacan los ritmos de crecimiento y movilidad de la sociedad como factores importantes en el desarrollo de las fuerzas productivas. A través de las bulas y los censos eclesiásticos, de las crisis provocadas por las epidemias y las distorsiones reflejadas por las desigualdades regionales y las del crecimiento rural y urbano, el autor aprecia un fenómeno de recuperación demográfica que explica "la prodigiosa multiplicación de los hombres y, por ende, la expansión de la tierra habitada" (p. 83).

El movimiento de las tendencias de la producción global de los recursos y las riquezas del sector minero, agropecuario y manufacturero se elabora a partir de las cifras que se obtienen del impuesto. La producción minera es tomada como el "sector estratégico" de la economía mexicana en tanto que regula la monetarización del sistema y, dentro de él, el papel preponderante de la Nueva España como exportadora de plata la señala claramente como mercado colonial y dependiente, modalidad con la que se inserta en la economía mundial. La producción agropecuaria se analiza preferentemente a escala regional a través del diezmo, que resultó la fuente masiva por excelencia. En cuanto a la producción manufacturera en la etapa colonial se escapa al análisis estadístico por su casi absoluta inmunidad fiscal; esta rama de la economía con sus múltiples facetas y casi permanentes periodos de estancamiento y depresión está prácticamente sin estudiar en el libro de Morin.

La explicación de la carga que representaba la exacción fiscal se hace por medio de la medición del excedente económico a través de los principales beneficiarios: la Iglesia y la monarquía. En este renglón el autor se limita a "fijar ciertos órdenes de magnitud, o sea ciertos apoyos de la probabilidad", pues las fuentes no facilitan la apreciación de lo que se recaudaba por ingresos fiscales. Sin embargo, su estudio proporciona conclusiones menos triunfalistas que las que proclaman el impulso del reinado de Carlos III; para Morin, de 1760 a 1800, la época en que la fiscalidad estaba en su apogeo, la sobrecarga fiscal "aplata una economía aparentemente menos dinámica que en la época en que el Estado era frugal", perjudicando notablemente la monetarización del sistema económico interno (p. 134).

Las relaciones comerciales y de intercambio son ampliamente tratadas a través de la producción y del consumo en las ciudades y el campo, así como la circulación y sus impuestos, y los niveles de inflación y de crisis a partir de la existencia y uso del crédito. Esta sección es sumamente interesante pues los datos que analiza y el método que utiliza para tratarlos proporcionan un nuevo y mejor conocimiento sobre procesos aún oscuros en la historia socio-económica de México y Nueva España, tanto en el ámbito local como nacional como en sus relaciones con el exterior. En este sentido, enmarca acertadamente el problema de la circulación monetaria, cuya evolución es "un precioso instrumento de revelación de mecanismos de cualquier economía dada" y se demuestra cómo el circuito monetario se refugia en la periferia, en el sector externo, lo cual comprueba que "un país de economía natural es la víctima de los países de economía monetaria dominante", ya que éstos tienen la iniciativa de fijar los términos del intercambio (p. 188).

El monopolio que produce este intercambio vertical y asimétrico a través de los comerciantes intermediarios frena la penetración y la difusión de la economía de mercado. Este fenómeno lleva al autor a concluir, de acuerdo con sus hipótesis, que es imposible hablar de capitalismo, el cual supone la generalización de un triple mercado de los productos, del trabajo y de los capitales. Además, con la ampliación del intercambio en el mercado mundial, la presión se ejerce sobre la periferia dando como resultado la desaparición del feudalismo en la metrópoli y su fortalecimiento en los países periféricos, sólo que a la manera colonial. Según Morin, se trata de un feudalismo colonial que perdura hasta fines del siglo XVIII, y en el que se fortaleció el sector capitalista mercantil al no formarse un mercado interior ni una masa de asalariados, lo que "en lugar de favorecer la disolución de los modos precapitalistas de producción no podía más que desembocar en formas usureras de riqueza o en la perpetuación del capital mercantil", y dado que "el mercado colonial era la negación del mercado nacional", esto "sirvió de apoyo a un sector capitalístico, pero no fue el punto de partida del capitalismo" (p. 300-301).

La premisa de que un sistema económico-social se define por sus relaciones internas de producción y no por sus relaciones externas de distribución da sentido y lugar a la segunda parte de la obra que enfrenta este problema, una vez establecidas las bases donde se van a manifestar las fuerzas productivas las cuales solamente "progresan en dos frentes: la multiplicación de los hombres y la expansión de la

tierra habitada”, pues las técnicas, que junto con las formas de organización social del trabajo permiten evaluar el grado de modernidad de la economía colonial mexicana, permanecen bloqueadas (véase p. 237 y ss.).

“La tierra y los hombres”, título del único capítulo de la segunda parte, marca y define toda la investigación de Morin. En ella se analizan la multiplicación de los grupos y de las relaciones que los enlazan en la producción y en la distribución de las riquezas, la coexistencia de diversas formas de extorsión del excedente de trabajo, los modos de explotación del trabajo y la yuxtaposición de regímenes jurídicos y fiscales diversos en gran parte de la región. La sociedad rural se analiza en tres esferas: el sistema de haciendas, el sistema comunitario y el de “economía campesina”, tipo particular que se identifica por el carácter familiar de la explotación agrícola y por su apertura al mercado.

Como el estudio de la economía agrícola no fue objeto de la preferencia de la política española, la ausencia de este tipo de materiales hace que la fuente más usada en este apartado sean los documentos de procedencia judicial. Quizá por eso, a través de un interesante y sugestivo análisis de los sistemas de explotación de la tierra, se concluye que la relación de producción dominante viene a ser la renta de la tierra. Por otra parte, el autor aduce que no se ocupará en detalle de los renglones de la minería y la industria manufacturera, ya que la agricultura era la actividad a la que se dedicaba y de la cual subsistía la mayor parte de los habitantes. Esto se debe en gran medida al hecho de fundamentar el análisis inicialmente sobre los datos y las premisas de la demografía histórica.

Su rápida incursión en el tema de las industrias minera y manufacturera no resuelve el importante problema que se pretende abordar, es decir, la transformación de las técnicas y de las relaciones sociales en estos renglones de la producción, ni permite el planteamiento de un hecho fundamental: la participación del capital comercial en la minería. Algunos ejemplos describen los fenómenos más significativos de ambas industrias y se comprueba que el sistema de endeudamiento que funcionaba para la agricultura se amplía para estos dos sectores.

Queda claro, sin embargo, que en general el “aumento de la producción en todos los sectores se realizó gracias a una intensificación del trabajo, debida más a las formas de organización social que a la intervención de nuevas técnicas” (p. 299); intensificación del tra-

bajo que no iba acorde con los medios ni con los niveles de pago, pues el sistema de organización social prevaleció donde el sistema económico iba cambiando. En este sentido, el autor hace hincapié en que pese a la presencia de ciertas características capitalistas en el sistema económico, su expansión fortaleció la estructura feudal de la sociedad y modificó sus relaciones sociales sólo para ampliar y aumentar la dependencia de las clases explotadas. La ampliación del intercambio no implicó el capitalismo, por el contrario, justificó el "feudalismo colonial".

Si se demuestra el permanente despojo y endeudamiento de los trabajadores, las desigualdades implícitas en el sistema de propiedad vigente tan acuciosamente analizado, la constante lucha por la tierra y tantos otros factores que fueron causa del movimiento de independencia ¿por qué no continuó el análisis en este sentido? ¿Por qué nunca se ocupa de la existencia de una conciencia política fruto, tal vez, del fortalecimiento de la conciencia regional, como señala Wolf para el Bajío con características muy similares a las de Michoacán?

Sobra decir que el libro de Claude Morin, como resultado de una magnífica investigación, es excelente; quizá más para el especialista que para el lector común, pero que logra con éxito su propósito de hacer una "historia razonada", como llama a su constante preocupación por asociar la investigación a la teoría. Sin embargo, en el inicio de su trabajo, el autor contrae una deuda que deja sin saldar: al definir su campo de acción, Morin explica que escogió Michoacán por ser "región de la plata y cuna de la Independencia del país". Pese a esto, y teniendo todos los elementos a la mano, sobre todo los que explican la estructura económica, no retoma esta segunda y tan sugestiva afirmación.

CECILIA NORIEGA